

Aquel hombre, si es que se podía asumir que era humano, estaba consiguiendo más bajas entre sus adversarios que todo el ejército que tenía ante él... tenía una fuerza sobrehumana, tal vez el águila roja que ostentaba en el pecho o quizás los dioses del norte de donde provenía le daban fuerzas para aguantar semejante empuje.

Cuando todo comenzó a empeorar entonces apareció él: la mañana del sexto día tras el asedio apareció él, sin corcel, sin aura mágica, sólo su maza, su escudo y el águila roja refulgiendo en el pecho como si de un ave fénix se tratara... entonces se adelantó a todos y encaró al ejército de nuestros adversarios mientras los hombres en nuestras filas le miraban incrédulos: no podía haber nadie tan loco como para osar cometer un acto de locura como el que estaba a punto de iniciar él. Ese hombre siguió avanzando y desafió la salva de flechas como si de lluvia se tratara, avanzó hasta que pudo mirar a los ojos a sus adversarios y entonces comenzó la masacre: todos salimos de nuestras filas y lanzamos el ataque, nadie podía creer que de verdad estuviera pasando. No hubo nadie que se quedara tras la protección de los muros de la ciudad, salimos todos, incluso los arqueros.

Los adversarios se lanzaron a la batalla, pero tenían más bajas de las que podían contar, aquel hombre, suicida sin remedio más tarde proclamado héroe, arremetía con tanta fuerza que no hacía caso de sus propias heridas: le llegaron a clavar un hacha en el hombro y ni se inmutó, y sin embargo no parecía luchar bajo furia berserker, simplemente una paz interior manaba de él, luchaba sin parar, sin ira en los ojos, nadie diría que sus ojos estaban carentes de emociones pero nadie supo descifrar lo que pasaba por su mente o su corazón.

Tras la intensa batalla, cuando nuestros adversarios empezaron a rendirse a pesar de su superioridad numérica, entonces él cesó el combate, y mientras nosotros continuábamos limpiando el campo de batalla él avanzaba con paso firme, sin tambalearse a pesar de las heridas, y regresaba a la ciudad. Sus acciones habían dado más valor a los hombres que cualquier arenga de nuestros comandantes. Nadie sabía cómo se llamaba aquel hombre, ni siquiera sabíamos qué hacía entre nuestras filas pues aquel emblema era absolutamente desconocido para nosotros...

Tan solo sabíamos que un hombre del norte había aparecido entre nuestras filas, y con cada golpe de maza derramaba sangre al tiempo que nuestros corazones latían con nuevo valor infundido. Aquella muestra de epicismo, estupidez, valor, y sabiduría en las artes de la batalla, había minado la moral de nuestros adversarios. Todos creímos que de verdad se trataba de uno de los legendarios Dioses Guerreros del Norte... no había otra posibilidad, ya que ninguno de nuestros generales le conocía, lo cual no era de extrañar porque normalmente no saben ni de cuantos hombres disponen, pero esto... era distinto, apareció de la nada, y regresó a la nada.

Esterano
1-Enero-2009